

DE LAS ARMAS A LA POLITICA

(Consideraciones a propósito del libro "Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL", de Alvaro Villarraga S. y Nelson Plazas N., Coícultura, Progresar, Fundación Cultura Democrática, Bogotá, 1994)

Gonzalo Sánchez G.*

*Director Instituto de Estudios Políticos
Universidad Nacional de Colombia*

Este texto es, ante todo, un viaje al interior de la guerrilla a partir del itinerario de un destacamento, que nació públicamente a las armas y a la guerra a comienzos de 1967 en una región del Departamento de Córdoba llamada Llanos del Tigre y que renació a la política abierta veinticinco años después, simbólicamente en el mismo sitio. Es también una valerosa reflexión crítica y autocrítica de dos autores-protagonistas que nos remiten a los contextos culturales y políticos de tres décadas atrás, que se reconocen como parte de una biografía colectiva —la del llamado dentro de la izquierda campo M.L.— y que, además, asumen el reto exigente de ese ejercicio de escritura que en el lenguaje académico se conoce hoy con el nombre de "historia del tiempo presente", o "historia inmediata". Se trata en efecto, de la reconstrucción de un segmento significativo de nuestra contemporaneidad política, o si se prefiere, de un pasado reciente, no concluido, que todavía se despliega ante nuestra mirada y que paradójicamente todavía es futuro.

Todo comenzó en los albores de los años sesenta, un momento de gran ebullición planetaria al cual no fue ajena América Latina. La historia que aquí se narra, junto con la de otras fuerzas contestatarias, se desprende de un tronco común asociado a nivel continental con la Revolución cubana y en el plano interno con una sigla, el MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino), la primera del árbol genealógico de la izquierda contemporánea de Colombia.

Digámoslo de una vez, ésta es una historia sin concesiones, que reconstruye los sueños pero también las pesadillas. Porque aquí no sólo tienen cabida los entusiasmos renovadores, de justicia social, de heroísmo y de entrega que caracterizaron a toda una generación de colombianos que, como dicen los editores, "querían volver a construir el país, rehacerlo por entero"; no, aquí se abordan también con ejemplar franqueza asuntos tan álgidos como las purgas, las infiltraciones, las expulsiones, los fusilamientos y tantos otros que el país e incluso los más entendidos ignoraban.

No se trata, por supuesto de un rechazo voluntarista a ese pasado ni de banalizarlo. Al contrario, se lo reconstruye en su dinámica y en su lógica, sin exaltación y sin condenas, como parte de un proceso global más amplio de la sociedad colombiana. Porque no todo ha sucedido de acuerdo a moldes preestablecidos: a cada momento se nos van mostrando las múltiples opciones de la guerrilla y de nuestra historia contemporánea. En ese sentido el estudio de Alvaro Villaraga y Nelson Plazas representa un enorme esfuerzo por hacer memoria con el criterio que entre los historiadores se conoce como de la "desfata-lización" del pasado.

Estamos pues, en la euforia de los años sesenta. A las innovaciones en las costumbres, en la mentalidad, en las expresiones artísticas y culturales, características de aquella década de creación y de delirio, se sumaba otra dimensión en el modo de hacer política en América Latina: la lucha guerrillera, considerada entonces casi que como consuetudinal a toda expresión de rebeldía, con la revolución en el horizonte como su destino natural e inevitable. Es preciso reubicarse en aquellos años febriles —y los autores lo logran con gran sentido de la periodización histórica— para entender cómo entre los Beatles, el boom literario latinoamericano y las figuras emblemáticas de Camilo y del Che se adivinaba un vínculo, una red de solidaridades o de afinidades secretas, que confluían espontáneamente en los núcleos estudiantiles universitarios. De allí el reconocido papel que jugaron figuras como Antonio Larrota, Federico Arango Fonnegra, Armando Correa, Julio César Cortés... y tantos otros que alimentaron las diversas variantes de la *crítica de las armas*. Como dice, uno de los antiguos dirigentes del ELN, perteneciente hoy a la rama CRS, la guerrilla de los sesenta fue la resultante de una fusión entre el radicalismo estudiantil, la visión romántica de la revolución cubana y la experiencia de la violencia de los años cincuenta" (31). Mejor no se podría sintetizar ese momento histórico.

Usualmente, y pese a la voluntad de ruptura que los animaba, los protagonistas de este libro resultaron instalando sus primeros bastio-

nes, o bases de apoyo, en zonas de colonización que habían sido antiguos baluartes de la guerrilla liberal (para el caso la de Julio Guerra en el Alto San Jorge). Los veteranos de la resistencia de los años cincuenta eran vistos ahora como portadores de una cierta representación épica de la violencia, "matriz" de nuestra historia contemporánea. De esta forma se convertían, por una parte, en herederos de una tradición guerrera centenaria, pero por otra parte, con ello también las nuevas generaciones de rebeldes ataban su futuro a las prácticas, a los sectarismos y a los caudillismos del pasado. Tampoco estaban exentos de lo que podríamos llamar un cierto ruralismo mítico. Por ello, no obstante que el eje de la agitación social y política del momento giraba en torno a los centros urbanos (bancarios, maestros, estudiantes universitarios, la ANAPO) los adeptos de estas vanguardias armadas partían para el campo, de espaldas a las idealizadas masas y confiados en un pronto regreso a la ciudad, triunfantes y en medio de vítores y de laureles. Optaron así, casi que desde su nacimiento, por la marginalidad política.

Después de lo que un jefe guerrillero llamara más tarde "estudio de factibilidad", lograron, es cierto, sólida implantación en los conflictos agrarios de las zonas escogidas, repartiendo funciones políticas y militares de acuerdo a la sabida fórmula trinitaria de la Revolución China: el Partido, el Ejército, el Frente. A partir de tales zonas montaron Juntas Patrióticas, en el Alto Sinú, en el Alto San Jorge, en el Bajo Cauca antioqueño y en el Magdalena Medio, al noroeste del país, en momentos distintos y con intensidad también variable, pero muy pronto tuvieron que reconocer que la pradera no se incendiaba con la rapidez esperada, que la "situación insurreccional" no se materializaba, y acomodaron sus sueños a los moldes de la guerra prolongada. A decir verdad, más que de una guerra prolongada se trataba de una guerra sin mayores perspectivas, que se aislaba incluso en la manera de nombrar las cosas, los lugares o las personas. Muchas regiones agrarias se poblaron de predios con nombres como Laos, Camboya, Vietnam, Pekín, y se empezó a hablar apresuradamente de bases de apoyo y de zonas liberadas, en una muestra palmaria de entusiasmo pero también de seguidismo... Era difícil no formarse una imagen distorsionada de la realidad nacional en remotas áreas a las cuales no llegaba ni la prensa ni la escasa literatura socio-política colombiana, pero sí, totalmente descontextualizadas, las obras de Mao y revistas como "Pekín Informa" y "China Reconstruye", que constituyeron para muchos campesinos la primera cartilla de leer...

Con las ventajas que da, por supuesto, el análisis ex-post facto, se puede constatar cómo reiteradamente los movimientos de masas y

los proyectos armados discurrían por senderos divergentes. El mismo EPL —como se deja traslucir en este relato— fue simple espectador de fuerzas y acontecimientos de aquellos años, como la ANAPO, la ANUC, los paros cívicos, Firmes. Metida físicamente en el país, la guerrilla colombiana seguía siendo culturalmente “exiliada”, con un accionar militar que terminaba no pocas veces antagonizando y estrangulando a sus propias zonas. Así tuvieron el coraje de reconocerlo y asumirlo los protagonistas de este libro en lo que concierne a la zona de Urabá a fines de los años ochenta. La del EPL no era, por supuesto, la única guerrilla en padecer estas contracorrientes: baste recordar lo acontecido en Puerto Boyacá.

En el plano cultural, las memorias recogidas aquí son tanto o más reveladoras que las que apuntan a las peripecias político-militares. Uno descubre, por ejemplo, que el país, al igual que la guerrilla, le rinde culto al monolitismo religioso y le da tratamiento de herejía a la disidencia política. Quizás por ello y como una subordinación inconsciente a los valores socioculturales dominantes, en las toldas guerrilleras se cultivaba una sistemática actitud de prevención y hostigamiento hacia las disidencias religiosas. Se trata en realidad de un problema más general. La guerrilla, en su comportamiento cotidiano es todo un mundo lleno de recelos: de los obreros sobre los pequeñoburgueses; de los hombres del campo sobre los citadinos, y de todos sobre los intelectuales. Como consecuencia de ello, se convivía en un ambiente de oprobiosas segregaciones que por sí solas constituían un desestímulo a la expansión o a la diversificación de sus cuadros. La guerrilla por lo menos la que se describe aquí, es una ciudadela amurallada con muy escasas vías de acceso. Y esta mayor o menor flexibilidad, mayor o menor rigidez, mayor o menor sociabilidad en la vida cotidiana, que dependen de diferenciadas orientaciones ideológicas, estructuras organizativas, o procedencias sociales, no sólo le imprime un cierto carácter a cada movimiento guerrillero en su conjunto, sino que incide marcadamente, llegado el caso, en los ritos y ritmos de la negociación, en las mediaciones que haya que establecer o no para formalizar un acuerdo o precisar un desacuerdo. El punto podría sintetizarse con la siguiente apreciación del asesor presidencial Tomás Concha: “Una reunión con el M-19 terminaba siempre con un brandy, mientras que una negociación o reunión con el EPL y los otros grupos, generalmente terminaba en un tinto” (345). Montaraces los llaman los editores del libro. Y sí que lo eran estos hombres aferrados a la tierra, recelosos de las ciudades en tanto centros de todos los poderes que precisamente según ellos había que demoler. A las urbes sólo era deseable llegar para “tomárselas” el Día Señalado.

Fueron necesarios muchos y costosos debates; un cerco en gran medida eficaz de las fuerzas contrainsurgentes; una nueva oleada de radicalización de los movimientos sociales urbanos a principios de la década del 70; el copamiento del espacio reivindicativo rural por formas de acción colectiva semilegales y directas, como las tomas de tierras; y, posteriormente, el influjo más o menos reconocible de la táctica de Frenates en el contexto internacional próximo, como Nicaragua y El Salvador, para que se redoblaran los esfuerzos con miras a la consolidación en zonas de mayor urbanización, integración vial y nivel de vida, como el eje cafetero. Pero el cambio sólo se hizo ostensible en los albores de los años ochenta con manifestaciones cada vez más consistentes de movilidad, de proyección urbana y de concepción más política que militar... hasta llegar a los procesos de repolitización interna que son los que precisamente han hecho posible la búsqueda de soluciones negociadas al conflicto armado. El proceso tiene hitos conocidos: se desencadenó con la apertura política iniciada por Belisario; se relanzó con la Constituyente, y se prolonga hasta hoy, con altibajos y relevos consistentes en los grupos armados que asumen la iniciativa negociadora, a menudo con una mezcla de justificados temores, de dobles intenciones y de incapacidad de adaptación a los nuevos escenarios. En todo caso, la irrupción pública en el complejo secuencial: tregua —proceso de paz— apertura política —Constituyente, le dio a la guerrilla una presencia política nacional que no había tenido en los veinticinco años de propaganda armada.

No fue un recorrido sin tropiezos. El establecimiento se asustó, dio rienda suelta a la guerra sucia a las masacres y al paramilitarismo, y la guerrilla repitió sus esquemas, subordinando los dividendos políticos al proyecto armado. En cualquier movimiento popular que afloraba, precisamente por el respiro que le daba la tregua, tanto el EPL como el M-19 vieron en un momento atisbos, una vez más, de la insurrección general, que se trasformaron en una cadena de desastres para el proceso de paz como la toma y contratoma del Palacio de Justicia el 6 y 7 de noviembre de 1985 por parte del M-19; la ocupación armada de la población antioqueña de Urrao por parte del EPL, que tiene su réplica en Bogotá con el asesinato de su vocero político, Oscar William Calvo. Estos hechos marcarían la pauta retaliadora de la confrontación subsiguiente hasta hoy, con un componente peculiar, el forcejeo permanente de las distintas y a menudo rivales agrupaciones guerrilleras por darle vida propia a la Coordinadora Nacional Guerrillera. Pero como se sabe, y se hace aún más patente a lo largo de estas páginas, sus vaivenes la han convertido esencialmente en un mecanismo para ocultar la debilidad de los grupos en crisis y alimentar el hegemonismo de los que ocasionalmente se encuentran en expansión.

De hecho, uno de los aspectos más ilustrativos de este libro-testimonio, es el del movimiento pendular de alianza-conflicto entre los diferentes grupos insurgentes, que se traduce en pugnas de distinto calibre por el control de militantes, de territorios (EPL-FARC, en Urabá) y hasta de banderas. Asimismo, se demuestra abundantemente cómo el debate ideológico dentro de los grupos y entre los grupos es frecuentemente suplantado, con la misma lógica de la política tradicional, por la característica maniobra caciquil, cuando no por la coacción manifiesta. Tal vez haya que constatarlo sin demasiado asombro. La guerrilla es, entre otras cosas, un escenario de confrontación de fuerzas, de equilibrios políticos, de competencias entre liderazgos personales y presencia regionales, y más recientemente entre capacidades militares y financieras. Por eso cuando se registra el tiempo que tarda en abrirse paso *dentro* de la guerrilla misma una determinada posición, incluso en un contexto de diálogo, resulta comprensible el prolongadísimo esfuerzo que requiere la materialización de la negociación *entre* la guerrilla y el polo estatal, que dicho sea de paso tampoco es homogéneo. Se podría enunciar entonces la siguiente hipótesis: la capacidad de negociación de una guerrilla con el Estado es directamente proporcional a la capacidad de resolución de sus contradicciones internas.

Pero hay otra cara de este mismo asunto: hoy día, el proceso de paz se ha hecho mucho más complejo que en las guerras anteriores, por un motivo adicional: como demuestran los autores del libro, en una negociación realista, sólida y definitiva el Estado no es interlocutor exclusivo de una insurgencia también fragmentada; la eventual reconciliación involucra, tiene que involucrar, a otros poderes locales o regionales, incluidos paramilitares (en Córdoba por ejemplo), a narcotraficantes y por supuesto a los grupos guerrilleros que siguen activos. Hoy día, en la etapa final de una negociación no hay, pues, un proceso, sino un conjunto de procesos simultáneos de paz.

A lo largo del recorrido por esa red de treinta años de vueltas y revueltas sin fin, el lector descubrirá que esta historia es también la historia de unos hombres y unas mujeres que, con la casa a las espaldas han recorrido la geografía nacional conociendo palmo a palmo sus sueños y frustraciones. Como quiera que sea, los protagonistas de esta larga marcha son depositarios de un conocimiento y de una experiencia que el país debería recuperar, invirtiéndolos en esfuerzos constructivos. Porque después de este libro se puede decir que hay un país epidémico que es el que conocen los gobernantes y hay otro "invisible" que es el que conocen las comandancias guerrilleras en su trasegar cotidiano de décadas y décadas. Uno descubre en estas páginas, por ejemplo, hasta qué punto la guerrilla ha desempeñado, entre otras, funciones de:

agente organizador de la producción y el mercadeo; fiscal o garante de pactos colectivos obrero-patronales; protector de poblaciones maltratadas (por la guardia venezolana en la frontera, por ejemplo); taller permanente de reflexión sobre los conflictos regionales; alfabetizador itinerante y sustituto a la educación formal en zonas marginales; gestor de servicios públicos a las más apartadas comunidades; formidable escuela de geógrafos sociales que conocen los problemas del país de montaña a montaña y de río a río; e instrumento importante de internacionalización de cuadros de las capas medias y de sectores populares. Son factores que en su conjunto conforman lo que pudiéramos llamar un acumulado histórico que hay que tener en cuenta cuando se entra a negociar con las guerrillas o cuando se discuten sus formas de reinsertión. A este acervo político-cultural se suma, no hay que olvidarlo, la nueva Carta Constitucional de la cual los grupos insurgentes son patencialmente promotores y artífices. Son realidades que uno podría caracterizar como *la deuda histórica de la sociedad con la guerrilla*.

Adicionalmente, y esto ya es más conocido, la insurgencia opera a menudo como elemento de orden y de institucionalidad, si así pudiera decirse, en sus apartadas regiones, retomando prácticas de los alzados en armas en los años cincuenta, tales como la intervención en asuntos de linderos, en matrimonios, en bautizos, en el control a la prostitución y hasta sirviendo de garante de diversas formas de contratación. En los propios Estatutos originales se consagró un código guerrillero, las "Normas Morales del EPL", cuya eficacia tal vez no sea fácil evaluar hoy, pero que en todo caso operaba como un horizonte ético para los militantes. Muchas otras cosas llaman la atención: el respeto casi sagrado a los bienes ajenos en las zonas de desplazamiento de la guerrilla, así fuera con altibajos sobre cuyos nocivos efectos existe una sorprendente conciencia en la vieja militancia; el papel regulador de la guerrilla en los aportes de los propietarios al sostenimiento del grupo armado ya fuera en especie o en empleo a los prosélitos. Más significativo aún, hasta comienzos de los años setenta estaba prohibido el secuestro; se lo consideraba desnaturalizador de la guerrilla, una expresión propia de bandolerismo, de "Desquites" y "Sangrenegras". Hubo mucha resistencia a su utilización irrefrenada, y según se revela en diversos testimonios recogidos por Alvaro Villarraga y Nelson Plazas, quienes más incitaban a practicarlo inicialmente eran terratenientes colombianos ansiosos de quedarse con las tierras de propietarios de origen extranjero (p. 81). En contraste con esos esfuerzos tempranos de demarcación, hacia 1984, y en plenas negociaciones, se haría su apología pública como instrumento legítimo de la acción revolucionaria. Con el correr de los años y esto por supuesto sería válido para el con-

junto del movimiento armado, con el desdibujamiento progresivo de los ideales fundadores, la víctima del secuestro pasó a ser un simple instrumento de finanzas, una ficha en la contabilidad, cuando no un simple fardo, demasiado incómodo a veces en caso de un precipitado desplazamiento. Un ciclo paralelo e igualmente desnaturalizador de prohibición-tolerancia-colaboración-asociación se dio en las relaciones de la guerrilla con el narcotráfico. Técnica y financieramente los vínculos con el narcotráfico le proporcionaron un salto adelante a la guerrilla, pero ideológica y políticamente le significaron muchos pasos atrás. Los efectos del dinero fácil han sido a la larga corruptores y contraproducentes, a tal punto que en algunas zonas llegó a generarse una cierta circularidad, solidaria o conflictiva, de actores armados vinculados indistintamente a la guerrilla, a la delincuencia común o al narcotráfico.

Peor aún, uno encuentra en esta historia relatos estremecedores sobre la diversidad de circunstancias que podían llevar al "ajusticiamiento": porque no era sólo por discrepancias políticas por lo que se podía ser objeto de fusilamiento; simples maestros rurales, promotores de campañas antimaláticas, o funcionarios gubernamentales de cualquier rango, por el hecho de serlo, podían ser considerados en una zona de dominio guerrillero como espías. Idéntico riesgo corrían incluso los mismos guerrilleros cuando caían en poder del ejército, pues era tan sospechoso salir torturado como salir ileso del percance. En su clamor de rectificación este libro es un grito desde adentro de la guerrilla misma por la humanización de la guerra. Así pues, y por contraste, los elementos de esta involución son componentes de lo que también pudiéramos catalogar como la *deuda histórica de la guerrilla con la sociedad, su saldo deficitario*.

Naturalmente que uno puede seguir rastreando también en esta historia del EPL ejemplos no sólo de estoicismo sino más aún de insostenibles privaciones impuestas sobre sí mismos y sobre sus propias comunidades campesinas, como los almacenamientos forzados de cosechas "para tiempos difíciles", que implicaban un aplazamiento *sine die* de las exigencias inmediatas, cuando el presente ya era de miserias acumuladas. Y hasta podrían agregarse a estas restricciones otras impuestas por la tortuosa geografía nacional: piénsese, por ejemplo, en que había zonas a las cuales la llegada de un factor tan indispensable como la sal podía tardar más de un mes.

Pero lo que hay que apreciar mirando el panorama en su conjunto es que no se trata, como lo ha pretendido Jorge G. Castañeda en su

Utopía Desarmada, de una simple reflexión sobre la derrota de la guerrilla en América Latina, sino de algo más, de una contabilidad más compleja: de la construcción de un balance, a sabiendas de que los componentes del mismo hacen parte de un proceso que todavía sigue su curso, ya sea en el monte o en la arena política. No se trata, en todo caso para los protagonistas de este libro, de renunciar al pasado, de entregarlo sin contraprestaciones, o de renegar de él, sino de resignificarlo. Tal como les escribió el célebre pintor ecuatoriano Osvaldo Guayasamín al término del proceso de desmovilización: "Esta entrega de armamento no es una derrota ni una traición a un ideal, es un cambio de campo de batalla" (452).

Por lo demás, si algo muestran las concentraciones multitudinarias que han acompañado las ceremonias de dejación de armas, y que han sorprendido una y otra vez a los propios guerrilleros, es que las comunidades locales y regionales, no sólo estaban a la espera de este paso sino que la sociedad civil en sus diversas expresiones está presta a tenderles la mano, a amortiguar ese difícil tránsito a la legalidad y a servir de garante de los compromisos adquiridos. Es obligación del Estado hacer lo suyo: contribuir con la planificación y los recursos necesarios que permitan la reinserción digna y duradera. Porque si algo queda claro de la lectura de este libro es que se hace urgente la evaluación de la situación de los reinsertados y un timonazo de las políticas estatales a ellos referidas si no queremos que a los muertos de la violencia se sigan sumando los muertos de la paz.

En suma, el libro de Alvaro Villarraga y Nelson Plazas, producto cultural de la reinserción, constituye probablemente el más completo escrutinio de la guerrilla contemporánea colombiana y de sus encuentros y desencuentros con el país. En él se combinan experiencias personales y regionales, voces de dirigentes políticos y de combatientes, de simpatizantes y de adversarios, de reinsertados y de disidentes, memoria colectiva e historia nacional; de tal modo que nadie puede sentir esta historia como una historia confiscada por alguien a quien no le pertenece. Lo que se hace, en últimas, en este texto es abordar la guerrilla no como una suma de errores o de aciertos sino como una fuerza social en toda su complejidad. El balance final creo que no es desalentador: pese a que en este siglo Colombia se ha pasado cinco décadas peleando y una negociando, lo que uno percibe a lo largo de las quinientas páginas de esta retrospectiva es que el diálogo, no obstante la impaciencia de muchos, sí ha tenido un efecto politizador sobre la guerrilla: la ha confrontado con la sociedad, y la ha puesto, probable-

mente de manera irreversible, en una perspectiva estratégica de negociación. Porque estaba también escrito en el librito rojo de Mao, pero no se había "leído": "el objetivo de la guerra es eliminar la guerra" (t. I p. 197). Ese es el espíritu que anima las páginas de este libro y que Colombia espera: que por fin las armas, todas las armas, le cedan el paso a la política.

Bogotá, septiembre 15 de 1994.